

Del libro inédito *Voces del Galeras*

Chucho Peña¹

Se sienta en un cucho de la casa
Con un mate de chicha
Y un pucho de tabaco
Cuando el día se pauchaba

El perro negro se acurura en sus pies
El michicato frío muerde sus manos
Vuelve miedolenta la tarde
Y patojo el viento cansado

Se changa en el fogón
Luego en la estera de totora
Se acurura como un ovillo de lana
La ñapanga saca del perol la merienda
Los minacuros caminan en el aire

1. Jesús Peña. Magister en Etnoliteratura de la Universidad de Nariño. Poeta, narrador y dramaturgo. Licenciado en Arte Dramático de la Universidad del Valle. Técnico en Diseño Gráfico: System Plus. Miembro del Grupo de Investigación Literatura y Región; miembro del Taller de Escritores Awasca de la Universidad de Nariño.

La callana tuesta tortillas
De maíz molido en piedra arcaica
En la tulpa de barro cocido
En un maltico cántaro
Donde pringan borbojas de café

En las tazas chiltadas por los años
Brotan vapores de café nuevo
Con hálito de leche y queso rancio
Toditico salpicado de nata

Tirtingas manos abrazan
el pilche de leche
Guangos de pájaros
Abrigan la casa vieja
Achilada como chalina de alpaca

Vientos viringos de agosto
Guanguean los sueños del sur
Achicados del cielo
Como un guagua travieso
En chisparosos soplos de vida

Cururos de musgos con hojas secas
Pringan en el cucho de un sueño
Aguaguados suspiros se desparraman
En un alfajor recién cortado

Ojos de achira envuelven
Ademanosos pedazos de sol
Achutados como una alhaja
Tejida en la guanga
Como una altamisa dorada

De una charamba azul
Chilteras palabras
Salen como chilpas del sol
De un chinde de sueños
En una chulla noche

Se chuman los ojos de la noche
Como el chumbo antes de morir
Asiendo churos en el patio
Degradando la muerte del taitico

En el guacho de la parca
Vuela un chuta chiltado
Como un fueete solitario
Descuajaringado y chilposo
Como un chisparoso tímido

En la miglla de la montaña
Un chulla arroyo de plata
Florece como el muérgano sol
Salido de una mochila
Mamarón y mordoré por el frío

En un mate amarillo
Motilones y chilacuanes
Se machucan con una guagua

Dulce néctar de dioses
Chisparosos y desgualangados
Como una murga chumada
Garabateando en la calle
Como un minacur ciego

Un chupón teñido de rojo
Florece en los labios de la guaneña
Como una luz chisparosa
En la chuspa de un corazón
Achilado por el frío

Tiritingas luces nocturnas
Como flores carnavaleras
Divagan en el embeleco de un sueño
Enchocado en una ilusión

Un látigo quinguea
Se enreda en las chimbas
De una ñapanga triste
Mascando una hallulla
Que guardaba en su viejo follado

Princesa

Cuando ella llegó: los brazos del sol lo habían abandonado. La esperanza se había cuarteado, en un rincón del viejo cuarto, vestido de negro, que solo brillaba en la noche, cuando los versos de dolor surgían de lo más profundo del espíritu, como una lágrima del corazón de la tierra.

Cuando ella llegó: todo era parco. Mezquinas sombras vestían todos los días nostalgia y desasosiego. Solo la luz de la luna, que se asomaba tímidamente por la ventana, acompañaba las letras que se unían para ser versos, en el viejo poemario, escrito, en el alma de papel, saturada de huellas que dejaron los desamores que, poco a poco, consumen la existencia.

Ya nada es igual; los libros de versos, que cautivaron el alma, ya no cantan como antes los cuentos de Borges, de Cortázar y de García Márquez; no se oyen con los ojos ni se ven con los oídos. Decae la filosofía que dio sustento a la vida y marcó los caminos como una línea en el horizonte, que se fue borrando con los años.

Nada queda en las manos de la vida, se consumen los amores en fuego del destino y se dispersan con el viento del pasado. Poco a poco los años cuajan el alma. Vuelven piedra el corazón. Los sentimientos cierran los párpados para no ver su propio funeral y no llorará más. Solo enterrar, en el camposanto más lejano, el retrato de la mujer que lo vio de rodillas: con una flor en la mano y un poema en la otra antes de partir. Cuando ella llegó: quiso mirarse de nuevo en sus ojos claros de miel, hundir sus dedos en sus rizos dorados, acariciar con su boca sus labios rojos y postrarse en la geografía de su cuerpo de nieve: como un dios enamorado.

Pero: el amor era demasiado delgado, sea había escurrido como un hilo de agua del nido de su corazón, dejando solamente el frío viento desnudo que rompía hasta las raíces de lo que un día había costado tanto tejer: con caricias, besos y lágrimas que alimentaron el más grande de los sentimientos que dejaba ver ese paraíso, que solamente le habían dicho que lo encontrarían

cuando mueran. Pero no estaban muertos, la vida se había llenado de tantas ganas de vivir: quería florecer como una rosa en medio de un jardín enamorado cuidado por las manos blancas de una princesa encantada que nunca conoció una tormenta. Pero el amor, como una flor, se pudre si nada en el agua o se marchita si el sol lo abrasa demasiado; eso lo espantó y salió huyendo, como una bandada de murciélagos de una caverna oscura cuando la luz enceguece sus ojos.

Desde entonces: solo el día y la noche hablaban con él; dejó atrás los sueños enamorados, los versos que enamoraron a tantas mujeres se enterraron en el pasado del corazón: se endureció como una piedra solitaria, halado de un volcán muerto. La soledad y el silencio acabaron con él: ni la princesa pudo desenterrar del corazón de piedra el poco de amor que se consumía lentamente. Desde entonces, en el volcán muerto, se puede ver una cruz blanca, que es la princesa que cuida una piedra solitaria.